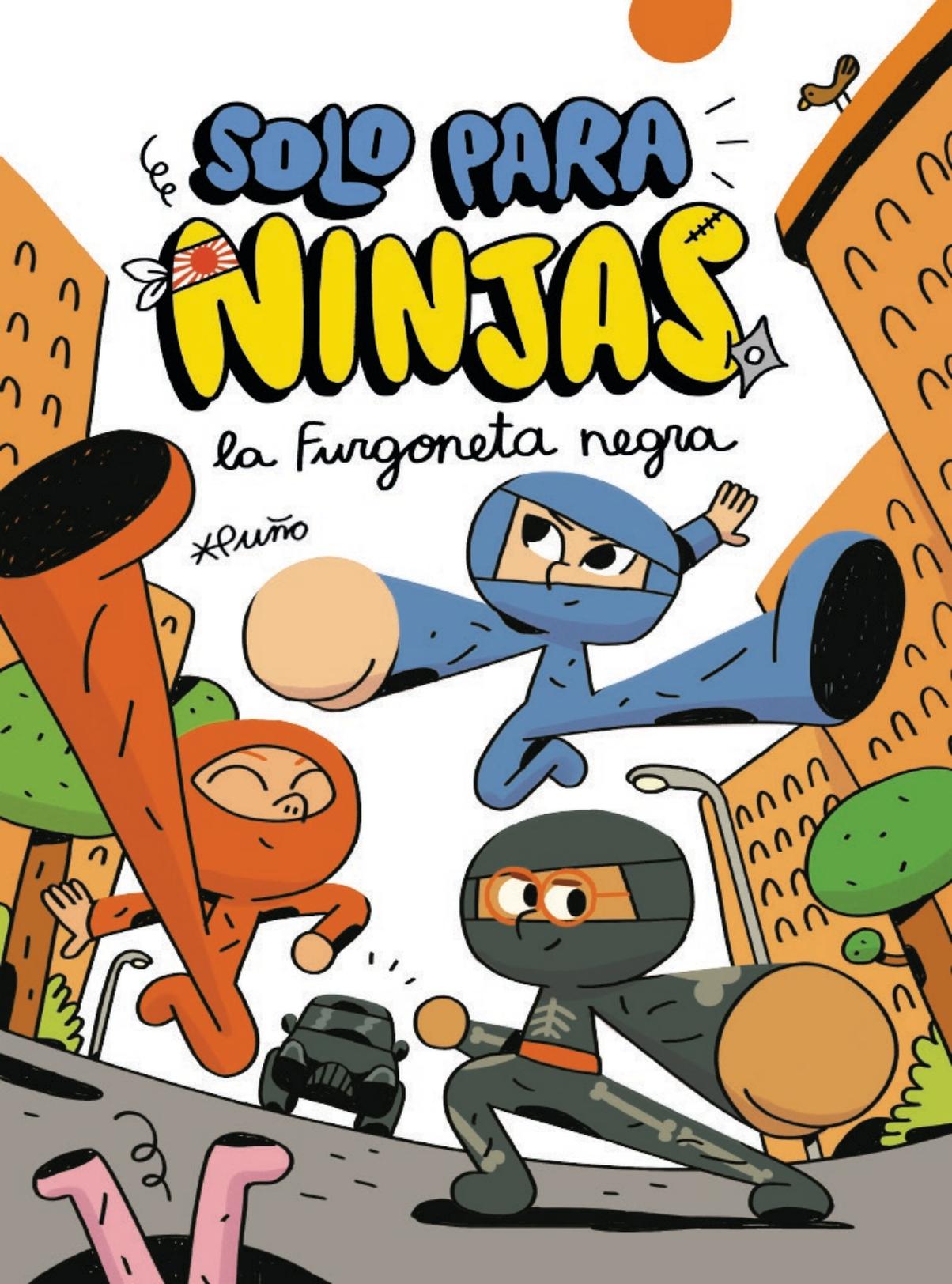


SOLO PARA NINJAS

la Furgoneta negra

*Puño



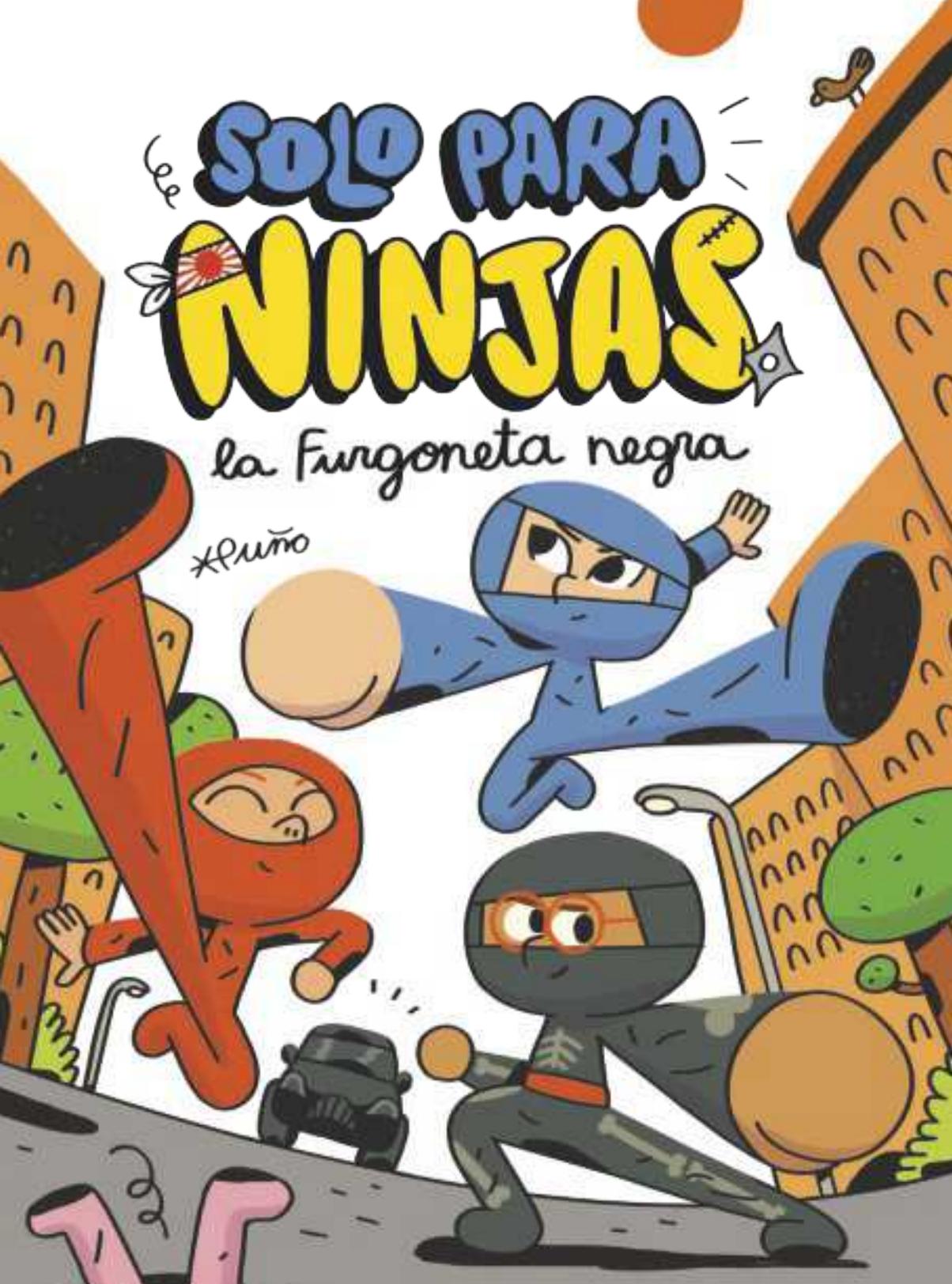




SOLO PARA
NINJAS

la Furgoneta negra

Xpuño





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: enero de 2021

Edición ejecutiva: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces
Corrección: Francisco José Carvajal

© Puño (David Peña Toribio), 2021
© Ediciones SM, 2021
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-954-3
Depósito legal: M-298-2021
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





Si había alguien a quien Lucía conocía bien, era a su madre.

Aunque vivían en el tercero, Lucía tenía el oído lo suficientemente fino como para reconocerla entrando en el edificio, subiendo en el ascensor, bajándose en su piso y girando las llaves en la puerta.

Antes de que todo esto ocurriera, le dio tiempo a cerrar el cómic manga que estaba leyendo, encender el televisor, buscar el canal menos apropiado para niños y fijar su vista en la pantalla poniendo la peor cara de zombi posible.

Su madre la encontró con la lengua fuera y los ojos llorosos de no parpadear, mirando un programa de famosos a los que nadie conocía.

—¡Pero bueno! ¡Con el día tan bueno que hace y tú aquí, pegada a la pantalla! ¿Piensas pasarte así todas las vacaciones?

Hacía tres días que se habían acabado las clases y ya estaba siendo el verano más aburrido del mundo.

Apenas había salido de casa, porque su madre había escuchado en clase de yoga un rumor sobre unas furgonetas negras que merodeaban por el barrio, secuestrando niños.

Necesitaba una aventura con urgencia o acabaría lesionándose con un bostezo.

–Han cerrado el parque y se han llevado los columpios, los árboles y el *skate park* –dijo con voz agonizante.

Su madre la miró incrédula.



–¿Es que no hay más lugares que el parque en este barrio? En la plaza estaban tus amigos jugando al fútbol.

Con «sus amigos» se refería a otros niños que no eran sus amigos.

Daba igual, Lucía ya había conseguido lo que quería: su madre se había olvidado de la furgoneta negra.

–Está bien, mami. Iré a ver.

¡Muá!

Le dio un beso y salió a la calle triunfante.

¡Si había alguien a quien conocía bien Lucía, era a su madre!





Lucía se dirigió hacia la casa de Li.

Su mejor amiga vivía al otro lado del parque, pero debido a la kilométrica valla que rodeaba las obras del nuevo centro comercial, tuvo que dar un rodeo.

El parque siempre había sido el lugar oficial de reunión de todos los niños y las niñas del barrio, desde varias generaciones atrás, quizás incluso desde la prehistoria.

Ahora que había desaparecido, andaban todos desperdigados por el barrio o secuestrados en sus casas, como ella, por el miedo que tenía su madre a que la secuestraran de verdad.

Al pasar por la plaza vio a otros niños, pero a ninguno de sus amigos.





No es que Lucía fuera demasiado popular en el barrio, pero los pocos amigos que tenía eran muy buenos y no le hacían falta más. Iba pensando en estas cosas cuando, de pronto...

¡Pam!

Un balonazo hizo que sus gafas volaran hasta el suelo.

Ni siquiera tuvo que ponerse otra vez las gafas para saber quién estaba detrás de aquel patadón.

–Vaya con la friki. ¡Siempre en medio de mis mejores goles!

A Santi le encantaba pegarle balonazos a Lucía.
Bueno, a ella y a otra docena de niños más.

Balonazos, pedradas, escupitajos... Era su peculiar manera de comunicarse.

¡Ji, ji, ji!

Lucía se agachaba a recoger sus gafas cuando escuchó unas risitas que venían del otro lado de la plaza.

Alguien había apilado un montón de cajas de cartón en forma de cabaña.

Por una rendija la espiaban algunos de los niños del parque, riéndose desde la oscuridad del refugio.

En uno de los cartones habían escrito con letras rojas:



